

de sus sobrinos, diciéndole que el esclavo había sido muerto al defenderla de la brutalidad de aquellos, y Velázquez juró vengarse. Pero disimulando arteramente, invitó á Bústos, su cuñado, á ir á Córdoba, junto al rey Hixem ó su ajib Almanzor, para darle gracias, decía, de no sé qué servicios y renovar con él los tratados. No recelando ninguna traición, Bústos aceptó el encargo y marchó á Córdoba. Ahora bien, la carta que le entregó Ruy Velázquez, le denunciaba á Hixem como su peor enemigo, y le exhortaba á darle muerte, ofreciéndole además poner en sus manos á los siete hijos, llevándolos á un sitio donde Hixem tendría dispuestos en acecho soldados. Almanzor debió alegrarse de ver en su poder á un hombre que se le pintaba como peligrosísimo; pero, demasiado leal para inocular á un enemigo indefenso y vendido, se contentó con encerrarle en una torre de Córdoba, enviando, sin embargo, al mismo tiempo soldados hácia Almenar, sitio designado por Velázquez para apoderarse de los siete hermanos. Velázquez, levantando un cuerpo de tropas, so pretexto de hacer una correría por el país enemigo, invitó á sus sobrinos á que tomasen parte en el honor y los peligros de la expedición. Habiendo llegado á los alrededores de Almenar, envió á los sobrinos con doscientos jinetes á descubrir terreno; pero, apenas llegaron al punto de la emboscada, los siete hermanos cogidos en medio vieron caer á su lado toda la escolta; uno de ellos fué muerto; pero los otros, á fuerza de valor, se abrieron paso, y lograron salir salvos de aquel funesto campo. Como acudiesen espontáneamente en su auxilio trescientos soldados de Velázquez, en unión de ellos volvieron á trabar el combate; pero cayeron vivos en poder del enemigo, que envió sus cabezas á Córdoba.

Almanzor, impuesto de todo, y horrorizado de la vil conducta de Velázquez, dió libertad al infeliz Bústos, que, afligido por la muerte de sus hijos, si bien no bastante fuerte para atacar á Velázquez, pasaba los años en impotente agonía. De improviso un jinete móro se presentó á él, en todo el vigor de la juventud, con un batallón de gente escogida, y exclamó: « Soy tu hijo; nací de la que endulzó las penas de tu prisión, y vengo de Córdoba resuelto á castigar al infame Velázquez. » En efecto, este tardó poco en recibir la muerte de manos del valiente Mudarra; el pueblo, dicen, apedreó á Lambra, y Mudarra, habiendo abjurado el islamismo, fué adoptado por Bústos y Sancha, su esposa, y heredó todos los bienes de Lara. De este Mudarra González precede, según se asegura, la estirpe de los Manrique de Lara, y los mismos señores de Lara se glorían de tal origen.

De los muchos romances alusivos al hecho mencionado entresacamos los trozos siguientes:

Tanta viene de la gente
Que no hallaban posadas,

y aun faltaban por venir
los siete infantes de Lara.
— Hélos, hélos por do vienen
Por aquella vega llana.
Sáelos á recibir
La su madre Doña Sancha.
— Bien vengades, los mis hijos,
Buena sea vuesa llegada.
— Norabuena esteis, señora,
Nuesa madre Doña Sancha.—
Ellos le hesan las manos,
Y ella á ellos en la cara.
— Huelgo de veros á todos,
Que ninguno no faltará,
Porque á vos, mi Gonzalvico,
Y á todos mucho os amaba.
Tornad á cabalgar, hijos,
Y tomad las vuestras armas,
Y allá os iréis á posar
Al barrio de Cantaránas;
Por Dios os ruego, mis hijos,
No salgáis de las posadas,
Porque en semejantes fiestas
Se orden buenas lanzadas.—
Ya cabalgán los infantes
Y se van á sus posadas;
Hallaron las mesas puestas,
Viandas aparejadas.
Después que hubieron comido
Pidieron juegos de tablas,
Si no fuera Gonzalvico
Que su caballo demanda,
Y muy bien puesto en la silla
Se sale para la plaza,
En donde halló á Don Rodrigo
Que á una torre tira varas.
Con palabras engañosas
Gran engaño les hacía (1).
Dijoles: — Los mis sobrinos,
Mientras mi hermano volvía,
Quiero hacer una entrada
Hasta Almenar, esa villa.
Si vos habedes por bien
De ir en mi compañía,
Habré gran placer con vusco;
Y si en placer no os venía,
Quedad á guardar la tierra,
Que solo por mí lo haría.—
Los infantes respondieron
Que todos con él irían,
Y que yendo él contra Moros
Bien guisado non sería
Quedar ellos en la tierra
Y él aventurar su vida.
Ruy Velázquez les mandó
Aderecen su partida,
Y que en Fébros, esa vega,
Allí los atendería.
Salióse de Barbadillo
Con la gente que tenía;
Los infantes van tras él,
Su ayo con ellos iba.
Llegados á un pinar
Que en la carrera se hacía,
Catado se han que agüeros
Malos mostrado se habían.
Ese buen Nuño Salido
Gran pesar de d'ello tenía:
Dijoles: — Tornáos, infantes,
Á Sálas, la vuestra villa,
No pasemos adelante
Malos agüeros había.
Salen con Ruy Velázquez,

(1) Don Rodrigo Velázquez.

Que vendidos los llevaba,
Llegados al lugar cierto
Do los Moros aguardaban,
Vieron muy gran hueste d'ellos:
Don Gonzalo preguntaba:
— ¿Qué gente es aquella, tío? —
Velázquez respuesta daba:
— Moros son, demos con ellos,
Astrosos, no valen nada.—
Los infantes como buenos
Pusiéronse en la vanguardia,
Cada cual varonilmente
Jugando bien de la lanza.
El ayo, Nuño Salido,
Viendo qu'el tío aflojaba,
Y que de traves salía
De Moros una emboscada,
Muy grandes voces y quejas
Que subían al Cielo daba,
Diciendo: — ¡ Traidor Velázquez,
Esto de ti se esperaba!
Por socorrer los infantes,
Embrázose con la adarga;
Mató muchos de los Moros:
Uno le dió una lanzada,
De la cual cayó en el suelo:

Á su Criador dió el alma.
Mucho pesó á los infantes
De su muerte desastrada.
Métensen como leones
Para bien vengar su saña:
Mas siendo diez mil los Moros,
Poco les aprovechaba,
Pues quedando sin caballos;
Ni lanza, adarga ni espada,
Degolláronlos á todos:
Ruy Velázquez se tornaba
Á Burbena, su lugar,
Viendo que vengado estaba

Los siete infantes de Lara,
Y su ayo Nuño Salido,
En el campo de Almenara
Muertos quedaron tendidos,
Que su tío Ruy Velázquez
Gran traición había urdido,
Aunque ántes que los maten,
Bien sus vidas han vendido.
Cortáronles las cabezas,
Á Córdoba se han traído:
Presentáronse á Almanzor.
Almanzor cuando las vido,
Mucho d'ello le pesaba
Porque las ha conocido.
Untadas están en sangre,
Laváronlas con el vino:
Tendiéronlas en el suelo
Sobre un paño de lino.
Almanzor se fué á la cárce
Do está Don Gustios metido;
Padre es de los infantes,
D'este mal nada ha sabido.
— ¿Cómo va Gonzalo Gustios? —
Almanzor así le ha dicho.
— Muy bien, respondiera él,
Señor, al vuestro servicio.
Bien sé que me sacáredes
Hoy de donde estoy captivo;
Que así es vuestra costumbre:
Buen rey, cumplida conmigo.
Por haberme visitado,
Libre soy por lo que digo.
Almanzor dijo: — Don Gustios,
De Castilla habían venido
Mis gentes de pelear,

Con Cristianos se habían visto:
Cristianos pierden el campo,
Cabe Almanzor el castillo:
Ocho cabezas trujeron,
Una de hombre encanecido,
Las siete son de mancebos,
Conocellas no he podido;
Quiérote sacar de aquí
Para que las hayas visto,
Que mis adalides dicen
Que de Lara es su apellido,
De Sálas son naturales,
Sus nombres no me habían dicho.
— Si yo, Almanzor, las veo,
Don Gonzalo ha respondido,
Decirte he de dónde son
Y de dónde han descendido.
No hay caballero en Castilla,
Que yo no lo hubiese visto,
Y conozca de dónde es,
Y el linaje do ha venido.—
Sacólo de la prisión,
Á ver las cabezas vino;
Conocido las había;
En tierra cayó tendido
Con el gran pesar que había.
Por muerto le habían tenido.
Después que volviera en sí,
Comenzó gran alarido.
Dijo: — Rey, estas cabezas
Muy bien las he conocido;
Los siete de los infantes
Los mis hijos tan queridos
Esta sola del su ayo,
Ese buen Nuño Salido,
Que á los infantes crió:
¡ Mucho los hubo querido! —
El llanto hacía muy grande,
Muy grande y muy dolorido.
No hay ninguno que lo oyese
Que á pasión no sea movido.
Y por no ver el su llanto,
Compañía no le han tenido.
Una á una las cabezas
Las tomaba con gemido;
Razonaba los sus hechos,
Y su esfuerzo tan cumplido:
Y con gran cuita que tiene
Un espada había cogido,
Y delante de Almanzor,
Siete Moros ha herido:
No le dieron mas vagar
Que luego lo habían prendido.
Mucho rogaba á Almanzor,
Lo degüellen con sus hijos,
Que ya no quiere vivir
Pues tan gran mal le ha venido.
Consolábalo Almanzor,
Libráralo de cautivo,
Y dióle de sus haberes,
Que muy bien lo ha proveído.
Enviáralo á Castilla;
Del rey se ha despedido:
Las mercedes que le ha hecho,
Mucho las ha agradecido.

Citarémos este otro romance, en que domina
el afecto:

Muerte de Durandarte.

Por el rastro de la sangre
Que Durandarte dejaba,
Caminaba Montesinos
Por una áspera montaña;

A la hora que camina,
Aun no era bien de mañana,
Las campanas de París
Tocan la señal del alba.
Como viene de la guerra
Trae las armas destrozadas.
Solo en la mano derecha
Trae un pedazo de lanza
De hácia la parte del cuento,
Que el hierro allá lo dejaba
En el cuerpo de Albenzáide,
Un Moro de muy gran fama.
Trae aquella el Frances

Para hacer andar la yegua
Que la llevaba cansada :
Mirando iba la yerba
Como estaba ensangrentada ;
Saltos le da el corazón,
Y sospechas le da el alma
Pensando si sería alguno
De los amigos de Francia.
Confuso en esta sospecha
Hacia un haya caminaba :
Vió un caballero tendido
Que parece que le llama ;
Dale voces que se llegue
Que el alma se le arrancaba.
No le conoce el Frances,
Por mucho que le miraba,
Porque le turban la vista
Las cintas de la celada.
Apeóse de la yegua,
Y desarmóle la cara :
Conoció al primo que quiso
Con la vida mas que el alma.
Puede á hacer compañía
En las últimas palabras.
El herido habla al sano,
Y el sano al herido abraza,
Y por no hablarle llorando
Detiene un poco la habla.
Viéndole junto de sí
D'esta manera le habla :
— ¡ Oh mi primo Montesinos !
¡ Mal nos fué en esta batalla !
Pues murió en ella Roldán
El marido de Doña Alda,
Cautivarón á Guarinos,
Capitan de nuestra escuadra :
Heridas tengo de muerte
Que el corazón me traspasan.
Lo que os encomiendo, primo,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo sea muerto,
Y mi cuerpo esté sin alma,
Me saquéis el corazón
Con esta pequeña daga,
Y lo llevéis á Belerma,
La mi linda enamorada ;
Y le diréis de mi parte
Que muero en esta batalla :
Que quien muerto se le envía,
Vivo no se lo negara.
Daréisle todas mis tierras
Cuantas yo señoreaba ;
Que los bienes del cautivo
El señor los heredaba.
Estas palabras diciendo
El alma se le arrancaba.

Y llegamos al Cid Campeador, cuyos romances forman por sí solos un trabajo largo y notable, pasando de ciento, sin contar los perdidos. Es anterior á ellos el poema ó fragmento sobre

la vejez del héroe, y como el estilo es mas tosco y desaliñado, vese allí esa mezcla de generosidad y grosería que no se encuentra en las obras artísticas.

De los sos oios tan fuertemiente lorando
Tornaba la cabeza e estaballos catando :
Vió huertas abiertas e uzos sin cañados,
Alcandaras vacias sin pieles e sin mantos ;
E sin falcones e sin actores mudados.
Sospiró mio Cid ca mucho avie grandes cuidados :
Fabló mio Cid bien e tan mesurado :
Grado a ti Señor Padre que estás en alto :
Esto me han buelto mios Enemigos malos :
Allí piensan de aguijar, allí sueltan las riendas :
Á la vida de Vivar ovieron la Corneia diestra,
E entrando a Búrgos povieron la siniestra.
Mezió mio Cid los ombros e engrameó la tiesta :
Albrizias Álvar Fáneez ca echados como de tierra :
Mio Cid Ruy Díaz por Búrgos entraba,
En su compañía sesenta pendones lehaba
Exienlo ver mugieres e varones,
Burgeses e Burgesas por las finiestras son puestas,
Plorando de los oios, tanto avien el dolor,
De las sus bocas todos decian una razon :
Dios que buen Vasalo si oviese buen Señor !
Convidarle yen de grado mas ninguno non osaba :
El rey Don Alfonso tanto avie la grand'saña.
Ántes de la noche en Búrgos dél entró su carta,
Con grand'recabdo e fuertemiente sellada :
Que a mio Cid Ruy Díaz que nadi nol'diesen posada,
E aquel que gela diese sopiese vera palabra,
Que perderie los averes e mas los oios de la cara,
E aun demas los cuerpos e las almas.
Grande deulo avien las yentes christianas :
Ascóndense de mio Cid ca no l'osan decir nada.
El Campeador adelinó á su posada.
Así como legó a la puerta falóla bien cerrada
Por miedo del rey Alfonso que así lo avie parado :
Que si non la quebrás por fuerza, que non gela abriese
[nadi.]

Los de mio Cid a altas voces laman :
Los de dentro non les quieren tornar palabra :
Aguio mio Cid, a la puerta se legaba,
Sacó el pié dela'estribera, una feridal'daba :
Non se abre la puerta, ca bien era cerrada.
Una niña de nuef años a oio se paraba :
Ya Campeador, en buen ora cinxiestes espada.
El rey lo ha vedado, a noch dél entró su carta
Con grant recabdo e fuertemiente sellada :
Non vos osariemos abrir nin acoger por nada,
Si non, perderiemos los averes e las casas,
E demas los oios de las caras.
Cid, en el nuestro mal vos non ganades nada :
Mas el Criador vos vala con todas sus virtudes
[sanctas,
Esto la niña dixo, e tornós para su casa.
Ya lo vee el Cid que del rey non avie gracia.
Partios de la puerta por Búrgos aguijaba.

Rechazado de la inhospitalaria ciudad, el anciano Cid, cuyo desaliento está pintado aquí tan al natural, toma quinientos marcos prestados de un Judío, reúne algunos centenares de jinetes, ataca á los Moros y toma á Valencia, adonde llama á su mujer y sus hijas. Por complacer al ingrato Alfonso, casa á estas últimas con los infantes de Carrion, que las maltratan, y entónces el Cid pide justicia al rey, y se presenta á las córtes de Toledo.

Al quinto dia venido es mio Cid el Campeador :
Alvar Fáneez adelant embió,

Que besase las manos al rey, so señor :
Bien lo sopiese que y serie esa noch.
Quando lo oyó el rey, plogol'de corazon
Con grandes yentes el rey cabalgó.
E yba recibir al que en buen ora nació.
Bien aguisado viene el Cid con todos los sos.
Buenas compañías que así han tal señor.
Quando lo ovo a oio el buen rey Don Alfonso,
Firios'a tierra Mio Cid el Campeador,
Viltar se quiere, e ondrar a so señor.
Quando lo oyó el rey, por nada non tardó.
Para Sant Esidro, verdad, non será hoy.
Cabalgad, Cid, si non, non habria dend sabor :
Saludarvos hemos d'alma e de corazon :
De lo que a vos pesa a mi duele el corazon.
Dios lo mande que por vos se ondre hoy la cort.
Amen, dixó Mio Cid el Campeador.
Besóle la mano, e despues le saludó.
Grado a Dios, quando vos veo, señor :
Omillon'a vos e al conde Don Remond,
E al conde Don Enrrich, é á quantos que y son.

Con esta minuciosidad prosigue el cronista versificador describiendo el recibimiento en la corte y luego el juicio :

Mio Cid la mano besó al rey é en pié se levantó :
Mucho vos lo agradezco como á rey e a señor,
Por quanto esta cort ficiestes por mi amor :
Esto les demando a infantes de Carrion :
Por mis hijas quem'dexaron ya non he desonor :
Ca vos las casaste, rey, sabredes que fer hoy.
Mas quando sacaron mis hijas de Valencia la Mayor,
Hyo bien las queria d'alma e de corazon.
Diles dos espadas a colada e a tizon :
Estas yo las gané a guisa de varon :
Ques'ondras con ellas e sirviesen a vos.
Quando dexaron mis hijas en el Robredo de Corpes,
Comigo non quisieron aver nada e perdieron mi
[amor.]

Denme mis espadas quando mis yernos non son.
Atorgan los alcaldes : tod'esto razon.
Dixo el conde Don Garcia : á esto non fablemos.
Esora salien aparte infantes de Carrion
Con todos sus parientes é el vando que y son,
Apriesa la yban trayendo é acuerdan la razon :
Aun grand amor nos face el Cid Campeador,
Quando desondra de sus hijas no nos demanda hoy.
Bien nos avendemos con el rey Don Alfonso :
Démole sus espadas, quando así finca la voz,
E quando las toviere partirse ha la cort.
Hya mas non abrá derecho de nos el Cid Campeador.
Con aquesta fabla tornaron á la cort.
Meced ya, rey Don Alfonso, sodes nuestro señor :
Non lo podemos negar, ca dos espadas nos dió :
Quando las demanda é dellas ha sabor,
Dárgelas queremos dellant estando vos.
Sacaron las espadas colada é tizon :
Pusieronlas en mano del rey, so señor.
Sacan las espadas é relumbra toda la cort :
Las manzanas é los arriaces todos d'oro son :
Maravillanse dellas todos los omes buenos de la cort.
Recibió las espadas, las manos le besó :
Tornos' al escaño don se levantó,
En las manos las tiene é amas las cató :
Nos'le pueden cear, ca el Cid bien las conoce.
Alegros'le tod'el cuerpo, sonrisos' de corazon.
Alzaba á la mano, á la barba se tomó :
Por aquesta barba que nadi non mesó,
Á sis' yran vengando Don'Elvira é Dona Sol
Á so sobrino por nombri' lamó :
Tendió el brazo, la espada tizon le dió :
Prendella, sobrino, ca meiora en señor.
Á Martin Antolinez el Burgales de pro
Tendió el brazo el Espada colada l' dió :

Martin Antolinez mio vasalo de pro
Prendé á colada, gánela de buen señor,
Del conde Don Ramont Berengel de Barcelona la Major.
Por eso vos la dó que la bien curiedes vos.
Se que si vos acaeciére con ella.
Ganáredes grand prez é grand valor,
Besóle la mano, el espada tomó é recibió.
Luego se levantó mio Cid el Campeador :
Grado al Criador é á vos, rey señor.
Hya pagado so de mis espadas de colada é de tizon.
Otra rencura hé de infantes de Carrion :
Quando sacaron de Valencia mis hijas amas á dos ;
En oro é en plata tres mill marcos de plata les diyo ;
Hyo haciendo esto, ello acabaron lo so.
Denme mis haberes, quando mios yernos non son.

Así obtiene tambien el dote; en seguida se desata en terribles vituperios, y quiere se repare su honor y que ademas se dé la batalla, lo cual consigue. Magnifico espectáculo de historia y de imaginacion, que el refinamiento de los siglos cultos hubiera echado á perder corrigiéndolo, y que no podia ser suministrado al autor sino por la historia ó por la tradicion popular.

De estas dos fuentes están sacados los romances, compuestos algunos poco despues de su muerte, otros añadidos mas adelante, pero sin poder fijar el tiempo. Herder, que tradujo los mejores, los dispuso de manera que formasen una completa biografia poética del héroe; pero alteró su sencillez y suprimió muchas particularidades características; hermoseó y echó á perder.

I.

Cuidando Diego Láinez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Ántes que Inigo Abarca ;
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos dias
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos,
Ántes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando pues combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar d'esta experiencia,
Que no le salió contraria.
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas ;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
Á pesar del tiempo y canas,
Á la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron : — Señor, basta,
¿ Qué intentas ó qué pretendes ?
Suéltanos ya que nos matas. —

Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos,
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras :
— Soltades, padre, en mal hora,
Soltades, en hora maia,
Que á no ser padre no hiciera
Satisfaccion de palabra,
Antes con la mano mesma
Vos sacára las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga. —
Llorando de gozo el viejo
Dijo : -- Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor que está perdido,
Si en ti no se cobra y gana. —
Contóle su agravio, y dióle
Su bendicion, y la espada
Con que dió al conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

II.

Pensativo estaba el Cid
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas
Mil amigos asturianos :
Miraba cómo en las Cortes
Del rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
Á la sangre de Lain Calvo.
Al Cielo pide justicia,
Á la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez;
Que en naciendo, es costumbrado.
El morir por casos de honra
El valiente fiodalgo.
Descolgo una espada vieja
De Mudarra el Castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo :
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese,
Así le dijo turbado :
Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano :
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado ;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,

Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano. —
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del conde vengado.

III.

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenuto en mas que vos :
Non los fuertes barraganes
Del vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor :
No son buenas fechorias,
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿ cómo vos atrevisteis
Á un home, que solo Dios,
Siendo yo su hijo, puede
Facer aquesto, otro non ?
La su noble faz nublásteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol ;
Que la sangre despercude
Mancha que fina en la honra,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor :
La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuida que lo denostásteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiende
Si me causáreis pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol ;
Probaré en vos mi fiereza,
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton. —
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte, y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinójo.

IV.

Llorando Diego Lainez
Yace sentado á la mesa,

Vertiendo lágrimas tristes,
Y tratando de su afrenta,
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta
De temores muy honrados,
Va levantando quimeras,
Cuando Rodrigo venia
Con la cortada cabeza
Del conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo
Y del sueño lo acuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera :
— Véis aquí la yerba mala,
Para que vos comáis buena ;
Abrid, mi padre, los ojos,
Y alzad la faz, que ya es cierta
Vuesa honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha está lavada,
A pesar de su soberbia ;
Que hay manos que no son manos,
Y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
Que está la venganza cierta
Cuando la razon ayuda
Á aquel que se arma con ella. —
Piensa que lo sueña el viejo,
Mas no es así, que no sueña
Sino que el llorar prolijo
Mil caracteres le muestra ;
Mas al fin alzó los ojos,
Que fidalgas sombras ciegan,
Y conoció á su enemigo.
Aunque en la mortal librea.
— Rodrigo, fijo del alma,
Encubre aquesta cabeza,
No sea otra Medusa
Que me trueque en dura piedra,
Y sea tal mi desventura
Que antes que te lo agradezca
Se me abra el corazon
Con alegria tan cierta.
¡ Oh conde Lozano infame !
El Cielo de ti me venga,
Y mi razon, contra ti,
Ha dado á Rodrigo fuerzas.
Siéntate á yantar, mi fijo,
Do estoy á mi cabecera,
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

V.

Sentado está el señor rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando.
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos
Escuderos de Jimena,
Fija del conde Lozano.
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas
Humillada en los estrados :
— Señor, hoy hace seis meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las suyas
Para matador criaron.

Cuatro veces he venido
Á tus piés, y todas cuatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar,
Rapaz orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano :
Tú le celas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo
Castigas á tus merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos,
Non debiera de ser rey
Bien temido y bien amado,
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos,
¡ Mal lo miras ! ¡ mal lo piensas !
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la mujer
Vuelve el respeto en agravio.
— No haya mas, gentil doncella.
Respondió el primer Fernando,
Que ablandáran vuestas quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vuestro bien lo guardo ;
Tiempo vendrá que por él
Convirtáis en gozo el llanto. —
En esto llegó á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asiála del brazo el rey,
Donde está la infanta entraron.

VI.

De Rodrigo de Vivar
Muy grande fama corria :
Cinco reyes ha vencido
Moros de la moreria,
Soltóles de la prision
Do metidos los tenia ;
Quedaron por sus vasallos,
Sus parias le prometian.
En Búrgos estaba el rey
Que Fernando se decia ;
Aquesa Jimena Gómez
Ante el buen rey parecia :
Humilládose habia ant'él
Y su razon proponia :
— Fija soy yo de Don Gómez
Que en Gormaz condado habia :
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentia.
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenia,
Y vengo á os pedir merced,
Que me hagáis en este dia,
Y es que aqueso Don Rodrigo
Por marido yo os pedia.
Ternéme por bien casada,
Hornada me contaria,
Que soy cierta que su hacienda
Ha de ir en mejoria,
Y el mayor en el estado
Que en la vuestra tierra habia.
Haréisme así gran merced,
Hacer á vos bien vernia,
Porqu'es servicio de Dios,
Y yo le perdonaria
La muerte que dió á mi padre,
Si él aquesto concedia. —

El rey holo por muy bien
Lo que Jimena pedía:
Escribírale sus cartas,
Que viniese, le decía,
Á Palencia donde estaba,
Qu'es cosa que le cumplía.
Rodrigo, que vió las cartas
Que el rey Fernando le envía,
Cabalgó sobre Babieca,
Muchos en su compañía:
Todos eran hijosdalgo
Los que Rodrigo traía;
Armas nuevas traían todos,
De una color se vestían;
Amigos son y parientes,
Todos á él lo seguían.
Trescientos eran aquellos
Que con Rodrigo venían.
El rey salió á recibirlo,
Que muy mucho lo quería:
Dijole el rey: — Don Rodrigo,
Agradézcote la venida,
Que aquesa Jimena Gómez
Por marido á vos pedía,
Y la muerte de su padre
Perdonado os la tenía:
Yo vos ruego que lo hagáis,
Dello gran placer habría;
Hacervos he gran merced,
Muchas tierras os daría.
— Pláceme, rey, mi señor,
Don Rodrigo respondía.
En esto y en todo aquello
Que tu voluntad sería. —
El rey se lo agradeció,
Desposado los había
El obispo de Palencia,
Y el rey dádole había
Á Rodrigo de Vivar
Mucho mas que ántes tenía,
Y amóle en su corazón,
Que todo lo merecía.
Despidiérase del rey,
Para Vivar se volvía,
Consigno lleva su esposa,
Su madre la recebía:
Rodrigo se la encomienda
Como á su persona misma;
Prometió como quien era
Que á ella no llegaría
Hasta que las cinco huestes
De los Moros no vencía.

Al fin se reconcilian y se casan, siendo tal la vida de los esposos que hasta hoy el nombre de Jimena y el Cid significa para los Españoles cuanto tiene el matrimonio de mas suave y fiel, de mas constante en los peligros y reveses. Él combatía todo el año, y ella entretanto se quedaba guardando el palacio que el padre de Rodrigo había conquistado á los Navarros; los romances repiten las quejas de Jimena:

¡ Desdichada la dama cortesana
Que casa lo mejor que casar puede,
Y dichosa en extremo la aldeana,
Pues no hay quien de su bien la desherede!
Pues si amanece sola á la mañana,
No hay sueño por la tarde que la vede
De anochecer al lado de su cuyo
Segura de la ausencia y daño suyo.
No la despiertan sueños de pelea,
Sino el sediento hijuelo por el pecho;
Con dársele y mecerle se recrea

Dejándole dormido y satisfecho:
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
Y debajo un pajizo y pobre techo,
De dorados palacios no se cura,
Que no consiste en oro la ventura.
Viene el di-santo, múdase camisa,
Y la saya de boda alegremente,
Corales y patena por divisa
De gozo y libertad que el alma sienta:
Váse al solaz, y en él con gozo y risa
Á la vecina encuentra ó al pariente,
De cuyas rudas pláticas se goza,
Y en años de vejez la juzgan moza.

El Cid combate bajo las banderas de Sancho el Fuerte, obligado por el deber á sostener á aquel tirano. La infanta Doña Urraca está sitiada por el rey en Zamora, y Diego Ordóñez de Lara, guerrero de Sancho, desafía á cinco caballeros, uno tras otro, en prueba de que son desleales. Arias Gonzalo, guerrero anciano, acepta el desafío en union de sus cuatro hijos; si bien Doña Urraca y las otras damas le persuaden á que se contente con presenciar el combate.

Ya se salen por la puerta,
Por la que salía al campo,
Arias Gonzalo y sus hijos,
Todos juntos á su lado.
Él quiere ser el primero
Porque en la muerte no ha estado
De Don Sancho, mas la infanta
La batalla le ha quitado,
Llorando de los sus ojos
Y el cabello destrenzado:
— ¡ Ay! ruégovos por Dios, dice,
El buen conde Arias Gonzalo,
Que dejéis esta batalla
Porque sois viejo y cansado:
Dejáisme desamparada
Y todo mi haber cercado;
Ya sabéis como mi padre
Á vos dejó encomendado
Que no me desamparéis,
Ende mas, en tal estado. —
En oyendo aquesto el conde
Mostróse muy enojado:
Dejédesme ir, mi señora,
Que yo estoy desafiado,
Y tengo de hacer batalla
Porque fui traidor llamado. —
Con la infanta, caballeros
Juntos al conde han rogado
Que les deje la batalla,
Que la tomarán de grado.
Desque el conde vido aquesto
Recibió pesar doblado:
Llamára sus cuatro hijos,
Y al uno d'ellos ha dado
Las sus armas y su escudo,
El su estoque y su caballo.
Al primero le bendice
Porque era del muy amado:
Pedrarias había por nombre,
Pedrarias el Castellano
Por la puerta de Zamora
Se sale fuera y armado;
Topárase con Don Diego,
Su enemigo y su contrario:
— Sálveos Dios, Don Diego Ordóñez,
Y él os haga prosperado,
En las armas muy dichoso,

De traiciones libertado:
Ya sabéis que soy venido
Para lo que está aplazado,
Á libertar á Zamora
De lo que le han levantado. —
Don Diego le respondiera
Con soberbia que ha tomado:
— Todos juntos sois traidores,
Por tales seréis quedados.
Vuelven los dos las espaldas
Por tomar lugar del campo,
Hiriéronse juntamente
En los pechos muy de grado;
Saltan astas de las lanzas
Con el golpe que se han dado;
No se hacen mal alguno
Porque van muy bien armados.
Don Diego dió en la cabeza
Á Pedrarias desdichado,
Cortárale todo el yelmo
Con un pedazo del casco;
Desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
Abrazárase á las clines,
Y al pescuezo del caballo:
Sacó esfuerzo de flaqueza
Aunque estaba mal llagado,
Quiso ferir á Don Diego,
Mas acertó en el caballo,
Que la sangre que corría
La vista le había quitado:
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el Castellano.
Don Diego que vido aquesto
Toma la vara en la mano,
Dijo á voces: — ¡ Ah Zamora!
¿ Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía el hijo segundo,
Que el primero ya es finado. —
Envió el hijo segundo,
Que Diego Arias es llamado.
Tornára á salir don Diego
Con armas y otro caballo,
Y diérale fin á aqueste
Como el primero le ha dado.
El conde viendo á sus hijos,
Que los dos le han ya faltado,
Quiso enviar al tercero
Aunque con temor doblado
Llorando de los sus ojos
Dijo: — Vé, mi hijo amado,
Haz como buen caballero
Lo que tú eres obligado:
Pues sustentas la verdad,
De Dios serás ayudado;
Venga las muertes sin culpa,
Que han pasado tus hermanos. —
Hernán D'Arias, el tercero,
Al palenque había llegado;
Mucho mal quiere á Don Diego,
Mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña
Un gran golpe le había dado;
Mal herido le ha en el hombro,
En el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
Le hiriera muy de su grado,
Hiriéralo en la cabeza,
En el casco le ha tocado.
Recudó el hijo tercero
Con un gran golpe al caballo,
Que hizo ir á Don Diego
Huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
Sin quedar averiguado
Cuáles son los vencederos,

Los de Zamora ó del campo.
Quisiera volver Don Diego
Á la batalla de grado,
Mas no quisieron los fieles,
Licencia no le han dado.

Pocas poesías de arte (ó me engaño mucho) igualan á esta en viveza é interes.

Al fin pasa el Cid al servicio de Alfonso, contra quien había combatido, y que librándose de manos de los Moros, se había hecho proclamar rey; pero no quiso prestarle homenaje, si ántes no juraba hallarse inocente del asesinato de su hermano. El rey consintió en ello.

Mala muerte hayáis, Alfonso,
Si non dijédes verdad

Amen, amen, dijo el rey,
Que non fui en tal maldad. —
Tres veces tomó la jura,
Tantas le va á preguntar.
El rey, viéndose afinado,
Contra el Cid se finó á airar:
— Mucho me afináis, Rodrigo,
En lo que no hay que dudar,
Cras besarme héis la mano,
Si agora me hacéis jurar.
— Sí, señor, dijera el Cid,
Si el sueldo me habéis de dar
Que en la tierra de otros reyes
Á hijosdalgos les dan.

En Santa Gadea de Búrgos, donde los gentiles hombres prestan homenaje, exige Rodrigo el juramento al nuevo rey de Castilla:

En Santa Gadea de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Allí le toma la jura
El Cid, al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes
Que á todos ponen espanto;
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo:
— Villanos mátenle, Alfonso,
Villanos, que non fidalgos
De las Asturias de Oviedo,
Que no sean castellanos.
Mátenle con agujadas,
No con lanzas ni con dardos;
Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que non zapatos con lazos;
Capas traigan aguaderas,
Non de contray, ni frisado;
Con camisones de estopa,
Non de Holanda, ni labrados;
Vayan cabalgando en burras,
Non en mulas ni caballos;
Frenos traigan de cordel,
Non de cueros foqueados;
Mátenle por las aradas,
Non por villas ni poblados,
Y sáquente el corazón
Por el siniestro costado,
Si non dijédes verdad
De lo que te es preguntado,
Si fuiste, ni consentiste
En la muerte de tu hermano. —